

# Juegos de espejos: escrituras autoficcionales

**Autores:** Keren Sulamy Gaviria Hernández, Julián Vélez Mora, Julián Andrey García Quintero, Leonor María Rojas Pabuenta, Manuela Echeverri Echeverri, Juan Manuel Galeano Giraldo, Josué Uribe, Luis Fernando López Gamarra, Michell Sofía Andrade Sánchez, Mariana Argumedo Carvajal, Alejandra Zapata Montoya, Juliana Cano Callejas, Sara Dayana González Gómez, Miguel Ángel López Henao, David Castillo Cardona, Lizeth Paola Isaza Martínez, Juan Pablo Valdés Sánchez, David Rivera Ruiz, Karla Patricia de León Álvarez, Johan Sebastián Ardila Vergara, Joseph David Zapata Osorio, Isabel Sofía Martínez Martínez, Yuliana Ortega Sehuanes

Colección ✦ Narrativa

# Juegos de espejos: escrituras autoficcionales

**Autores:** Keren Sulamy Gaviria Hernández, Julián Vélez Mora, Julián Andrey García Quintero, Leonor María Rojas Pabuenta, Manuela Echeverri Echeverri, Juan Manuel Galeano Giraldo, Josué Uribe, Luis Fernando López Gamarra, Michell Sofía Andrade Sánchez, Mariana Argumedo Carvajal, Alejandra Zapata Montoya, Juliana Cano Callejas, Sara Dayana González Gómez, Miguel Ángel López Henao, David Castillo Cardona, Lizeth Paola Isaza Martínez, Juan Pablo Valdés Sánchez, David Rivera Ruiz, Karla Patricia de León Álvarez, Johan Sebastián Ardila Vergara, Joseph David Zapata Osorio, Isabel Sofía Martínez Martínez, Yuliana Ortega Sehuanes



**863 Juegos de espejos: escrituras autoficcionales** / Carolina Moreno Echeverry,  
**J93** editora literaria; Keren Sulamy Gaviria Hernández [y otros veintidós autores]

Medellín: IUPB. Fondo Editorial Pascual Bravo, 2025

65 p.: il. – (Colección Narrativa)

ISBNe: 978-628-96454-9-1

1. Cuentos – concursos. 2. Literatura de ficción 3. Cuentos Colombianos

- I. Vélez Mora, Julián II. García Quintero, Julián Andrey III. Rojas Pabuenta, Leonor María IV. Echeverri Echeverri, Manuela V. Galeano Giraldo, Juan Manuel VI. Uribe, Josué VII. López Gamarra, Luis Fernando VIII. Andrade Sánchez, Michell Sofía IX. Argumedo Carvajal, Mariana X. Zapata Montoya, Alejandra XI. Cano Callejas, Juliana XII. González Gómez, Sara Dayana XIII. López Henao, Miguel Ángel XIV. Castillo Cardona, David XV. Isaza Martínez, Lizeth Paola XVI. Valdés Sánchez, Juan Pablo XVII. Rivera Ruiz, David XVIII. León Álvarez, Karla Patricia de XIX. Ardila Vergara, Johan Sebastián XX. Zapata Osorio, Joseph David XXI. Martínez Martínez Isabel Sofía XXII. Ortega Sehuanes, Yuliana.

Catalogación en la Publicación Biblioteca de Ciencia y Tecnología

**Juegos de espejos: escrituras autoficcionales**

Colección Narrativa

Institución Universitaria Pascual Bravo

Primera edición: noviembre de 2025

ISBNe: 978-628-96454-9-1

#### **Autores**

Keren Sulamy Gaviria Hernández, Julián Vélez Mora,  
Julián Andrey García Quintero, Leonor María Rojas Pabuenta,  
Manuela Echeverri Echeverri, Juan Manuel Galeano Giraldo,  
Josué Uribe, Luis Fernando López Gamarra,  
Michell Sofía Andrade Sánchez, Mariana Argumedo Carvajal,  
Alejandra Zapata Montoya, Juliana Cano Callejas,  
Sara Dayana González Gómez, Miguel Ángel López Henao,  
David Castillo Cardona, Lizeth Paola Isaza Martínez,  
Juan Pablo Valdés Sánchez, David Rivera Ruiz,  
Karla Patricia de León Álvarez, Johan Sebastián Ardila Vergara,  
Joseph David Zapata Osorio, Isabel Sofía Martínez Martínez,  
Yuliana Ortega Sehuanes

#### **Editora literaria**

Carolina Moreno Echeverry

#### **Comité editorial concurso literario**

Ángela María Cardona Rivas  
Andrés Felipe López López  
Rodrigo Andrés Alvarado Restrepo  
Sandra Milena Marín Restrepo  
Vanessa Monsalve Muñoz

Fondo Editorial Pascual Bravo  
Institución Universitaria Pascual Bravo  
Calle 73 N.º 73ª -226.  
Teléfono (+57 604) 4480520  
fondoeditorial@pascualbravo.edu.co  
www.pascualbravo.edu.co  
Medellín, Colombia

Las ideas expresadas en la obra aquí contenida son manifestaciones del pensamiento individual de sus autores; en esa medida, no representan el pensamiento de la Institución Universitaria Pascual Bravo. Son ellos los únicos responsables por los eventuales daños o perjuicios que pudieran causar con lo expresado o por la vulneración de los derechos de autor de terceros en los que hubiesen podido incurrir en su creación.

Prohibida la reproducción parcial o total, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial.

Coordinación editorial: Johana Martínez Ramírez  
Corrección de estilo: María Edilia Montoya Loaiza  
Diseño de colección: Evelyn Giraldo Urrea  
Diagramación: Leonardo Sánchez Perea



# Contenido

|                |    |
|----------------|----|
| Prólogo        | 5  |
| I. Espejos     | 9  |
| II. Herencias  | 20 |
| III. Ausencias | 32 |
| IV. Umbrales   | 44 |
| V. Vestigios   | 56 |

# Prólogo

Escribo estas líneas un miércoles por la tarde. Afuera, la lluvia dibuja una partitura irregular sobre los cristales, y el café, ya frío, acompaña el silencio del cuarto. Es un clima propicio para los recuerdos, ese estado intermedio entre la vigilia y el sueño en el que la memoria empieza a hablar en voz baja. Ante mí, veintitrés relatos de jóvenes escritores universitarios que han decidido explorar ese terreno incierto de la *autoficción*, donde la vida se convierte en literatura, con la osadía de quien se mira en un espejo empañado y aun así decide contarse.

Desde esta atmósfera íntima, mi pensamiento me conduce inevitablemente a Borges: frente al río Charles, en Cambridge, un hombre mayor se encuentra con su yo más joven. No hay extrañeza inmediata, sino una conversación que transcurre entre la incredulidad y la certidumbre del sueño. Ambos comparten un nombre, recuerdos dispersos y una misma voz que el tiempo ha moldeado de distintas formas. Borges, en *El otro* (2011), ensaya la posibilidad extraordinaria de encontrarse consigo mismo desde otra edad, otro cuerpo y otra conciencia. No hay prueba concluyente de que el diálogo haya ocurrido y, sin embargo, permanece su huella: un murmullo entre lo vivido y lo imaginado. ¿No es acaso eso lo que hacemos cuando escribimos sobre nosotros?, ¿no entablamos también ese diálogo improbable, ese pacto ambiguo donde lo real y lo ficticio se confunden en un juego de espejos?

En efecto, la autoficción es ese banco junto al río: un pliegue en el tiempo donde el yo que escribe y el yo que fue se contemplan desde orillas distintas. No hay espejo más honesto que aquel que, aun empañado, permite intuir una silueta movediza. En la escritura



del yo, no se trata de reconstruir con exactitud el pasado, sino de recorrer sus contornos con las manos del presente. La memoria, hilandera caprichosa, teje escenas con hilos de certeza y de olvido.

Doubrovsky (1977) define la autoficción como «una ficción de acontecimientos estrictamente reales». No se trata de una autobiografía ni de una novela convencional, sino de una forma híbrida que permite al narrador afirmar: esto me ocurrió o podría haberme acontecido o lo recuerdo así porque necesito evocarlo de esta manera. Es la vida transformada por el lenguaje. En esa misma línea, Alberca (2007) propone la noción de *pacto autoficcional o ambiguo*, según la cual, al atribuir al protagonista del relato la misma identidad del autor, el texto parece comprometerse con la verdad autobiográfica, sin asumirla plenamente. El autor que escribe en clave autoficcional juega a ser él mismo y otro a la vez: se desdobra, se enmascara, se revela y se oculta. La autoficción no busca demostrar, sino sugerir. Y en ese vaivén emerge una verdad que no siempre requiere ser verificada para resultar profunda y legítima.

Esta difuminación de fronteras también desafía el pacto autobiográfico tradicional. Lejeune (1994), quien formuló ese contrato tácito entre autor, narrador y protagonista, observa cómo en la autoficción ese triángulo se disuelve. Puertas Moya (2005) lo reformula como un «contrato ambiguo», en el que el lector se entrega a la verdad y a la ficción con una lucidez inquieta. Ya no hay promesa de autenticidad, sino una llamada a aceptar el artificio como parte de la sinceridad.

Empero, dicho artificio no diluye la potencia del yo. Al narrarse, no se encierra en una única voz. En *Los años* (2019), Ernaux encarna magistralmente esta multiplicidad: su relato personal se vuelve archivo colectivo, su biografía íntima deviene en crónica generacional. Esa tensión entre lo individual y lo compartido es también un gesto de apertura. En este contexto, los relatos de los estudiantes que componen esta antología han encontrado en la autoficción una forma para decirse. Formados entre pantallas, archivos digitales y búsquedas constantes de sentido, su yo no es un punto fijo, sino una zona de tránsito. Escribir es para ellos una forma de búsqueda, de



afirmación y también de duda. Lo que emerge de sus textos no es un yo consolidado, sino un yo en proceso, vibrante e inacabado.

Pauso la escritura. Miro por la ventana: la lluvia ha parado. El mundo parece suspendido en una breve tregua. Este paréntesis, como la escritura, no detiene el tiempo, sino que lo vuelve más nítido. La imagen del yo se recompone en esta calma momentánea, y entonces comprendo que cada relato de esta antología también surge de una interrupción del curso habitual de la vida para volver la mirada hacia adentro, para preguntarse, aunque sea fugazmente, quién se es. La tipología de Colonna (2012) fantástica, biográfica, especular e intrusiva— resulta útil para leer esta diversidad. Algunos relatos se sumergen en lo íntimo sin disimulo; otros ensayan la distancia irónica; otros, aun, juegan con la máscara y la fragmentación. Pero todos comparten una inquietud por la identidad, una necesidad de ficcionar la experiencia para comprenderla mejor.

Estos jóvenes escritores descubren que no hay experiencia insignificante, si se escribe con intensidad, en la que también hay una dimensión política. Ernaux (2019) lo ha dicho con claridad: narrarse es también denunciar, historiar y, sobre todo, visibilizar. La autoficción no es solamente introspección; es también gesto colectivo, intervención crítica. Los relatos de esta antología no sólo expresan subjetividades: las sitúan, las vuelven legibles dentro de un entramado mayor de contextos, lenguajes y tensiones sociales.

Esta antología es el resultado del concurso literario llevado a cabo entre septiembre y octubre de 2024, convocado por el Centro de Lectoescritura Pascualino (Celep) adscrito al Departamento de Fundamentación Básica de la Institución Universitaria Pascual Bravo. En esta edición, participaron cincuenta y un autores, de los cuales fueron seleccionados veintitrés. El primer lugar fue concedido a Keren Sulamy Gaviria Hernández por su texto *Un vacío inconcluso*; el segundo, a Julián Andrey García Quintero con *Entre dos mundos*; y el tercero, a Johan Sebastián Ardila Vergara, autor de *El eco del viento*. Esta compilación es, por tanto, mucho más que una muestra literaria: constituye un ejercicio colectivo de pensamiento joven y de sensibilidad contemporánea.



Termino de escribir cuando ya ha anochecido. Las luces de la ciudad se encienden una a una, como las historias que estos veintitrés estudiantes han decidido compartir. En el espejo fragmentado de estas páginas, los lectores encontrarán reflejadas sus inquietudes, sus búsquedas identitarias, sus intentos de dar sentido a una experiencia que se resiste a las categorías tradicionales. Porque, como intuía Borges en aquel encuentro imposible junto al río Charles, la memoria y la identidad son construcciones complejas que nos permiten encontrarnos con nosotros mismos en el tiempo.

Estos veintitrés relatos constituyen, en última instancia, distintas formas de afrontar la pregunta esencial que atraviesa toda escritura del yo: ¿quién soy cuando escribo sobre mí? Lejos de ofrecer una respuesta definitiva, cada texto explora esa incertidumbre desde una voz única y en transformación, porque, como han comprendido intuitivamente estos jóvenes autores, narrarse a uno mismo es siempre un acto de creación, de reinención, de búsqueda incesante de una identidad que —como el río de Heráclito que tanto fascinaba a Borges— nunca es exactamente la misma cuando volvemos a sumergirnos en ella.

**Carolina Moreno Echeverry**  
**Editora**

## **Referencias bibliográficas**

- Alberca, M. (2007). *El pacto ambiguo. De la novela autobiográfica a la autoficción*. Biblioteca Nueva.
- Borges, J. L. (2011). *El otro*. En *El libro de arena. Obras completas III (1975–1985)* (pp. 13–21). Emecé.
- Colonna, V. (2012). Cuatro propuestas y tres deserciones (tipologías de la autoficción). En A. Casas Janices (comp.). *La autoficción: reflexiones teóricas* (pp. 85–122). Arco/Libros.
- Dobrovsky, S. (1977). *Fils*. Éditions Galilée.
- Ernaux, A. (2019). *Los años* (L. Vázquez, trad.). Cabaret Voltaire.
- Lejeune, P. (1994). *El pacto autobiográfico y otros estudios*. Megazul-Endymion.
- Puertas Moya, F. E. (2005). Una puesta al día de la teoría autoficticia como contrato de lectura autobiográfica. *Signa: Revista de la Asociación Española de Semiótica*, (14), 299–329.



# I. Espejos



# Un vacío inconcluso

En ocasiones, me pierdo constantemente, sin rumbo, sin espacio, sin estaciones... ni de tren ni de tiempo. Mi vida, en general, ha sido caótica desde que nací. Mi padre no estaba a favor de mi género, y mi madre se mantenía amargada por los sermones matutinos del progenitor, quien, por ser el portador de un cromosoma XY, define el género. En pocas palabras: el culpable es él. Hace un par de décadas no se tenía tal conocimiento y, aunque ahora es de información general, el hombre no ha evolucionado mucho que digamos.

Me presento. Mi nombre es Keren Sulamy, de origen hebreo. Todos, en el bajo mundo, me conocen como Sula. Ciento noventa y ocho años es mi edad real. He sido perseguida por todo el mundo y atacada en varias ocasiones, incluso hasta llegar a la muerte. He sido acusada de brujería, de cometer sacrilegios y de leer de manera libre manuscritos que solo eran de dominio masculino. Poseo una habilidad: puedo cambiar de cuerpo y de pensamiento. Durante todos estos años, he podido analizar el comportamiento del ser humano y el comportamiento hacia la mujer.

Tengo el poder de cambiar de cuerpos femeninos las veces que desee, en el tiempo que sea necesario y, una vez cada cincuenta años, puedo habitar un cuerpo masculino para retener sus memorias y sus pensamientos. Al principio, no se entiende nada, hay miles de confusiones; el cerebro responde a la antigua alma y realiza funciones inesperadas. Es después de doce meses que puedo tomar el control total del cuerpo habitado.

No obstante, hay una regla: en ninguna situación —cuerpo o alma— se permite el suicidio. Si mi alma queda atrapada en alguno de los cuerpos, no puedo habitar otro durante treinta años. Desde



que descubrí este poder, en mi primera muerte, fui consciente de esta única y poderosa condición.

Pero no contaba con que en 1939 iba a ver crecer y reinar al hombre que por sus venas corría sed de poder y de sangre. Tenía curiosidad por habitar su cuerpo, por saber qué pensaba, por comprender su odio hacia la humanidad y hacia los judíos en particular.

Aún no se cumplía el tercer decalustro y faltaba demasiado tiempo para habitar nuevamente otro cuerpo masculino, pero no me di por vencida: logré habitar el cuerpo de la mujer que más amaba ese personaje. Para mí, no era suficiente. Yo quería más, así que decidí romper las reglas.

El 30 de abril de 1945 entré en ese cuerpo. No había nada. Solo vacíos inconclusos, tristezas profundas. Entonces, fue cuando decidí suicidarme, con el nombre del cuerpo que habitaba: Adolf Hitler.

**Keren Sulamy Gaviria Hernández**



# Apostando el pellejo

Hoy vi de nuevo a mi gemelo. Traté de entender su camino, aunque nunca me resbalé en las mismas piedras. Traté de buscarle excusas, por si en algún momento, por llevar su cara puesta sobre mi cráneo, el juzgado iba a ser yo. Cada día me suelto de ese insípido sabor a satisfacción personal que, más que personal, se vuelve una fachada con dos pinceladas de cal para maquillar esa *Obra negra* que citaba Arango.

Con el chorro de agua que sale de una tubería de PVC a presión, con un codo que simula la vertiente de una cascada, limpio las energías impuras de todas esas lenguas chismosas de barrio. Cuando se pierde el pudor y el miedo, también se empobrece el ser, pues recuerdo que mi gemelo y yo nos juramos que, sea lo que sea, todo lo haríamos con un tono muy serio y muy escondido. Después, ese mismo desinterés nos hizo ver como mendigos y precarios ante los ojos de los camanduleros y gregarios de La 99.

Cae sobre mi cuerpo agua que viene directo de Santa Elena, ese lugar que mis ancestros caminaban conmigo y mi gemelo. Los recorridos al Tambo y al Cabuyal eran momentos de culto, donde la ropa que se escoge el día anterior queda encima de la cama como un rito de iniciación hacia las travesías de lo común. Salíamos desde La Compuerta, un lugar que como muchos en Medellín tomó su nombre y caracterización por historias y lugares. San José la Cima Dos es el morro que vio pasar tantas historias que mi gemelo y yo atesoramos y contamos, pero no queremos que nadie sepa que nosotros también sabemos.

A veces, ser uno es difícil. Pensar por dos es un caos. Escuchar la voz de la conciencia es un lío que se asume desde que se nace. ¿Estoy loco? No he visto a mi gemelo hace más de quince horas. Hace treinta y seis que la rutina me absorbe y solo he visto a mis



compañeros de trabajo: Almadana y Sincel. Ya sé que soy un terco, aunque no me lo digan. Todas esas cosas siempre las recibe mi gemelo, a veces gustoso de probar los golpes.

Mi madre no sabe de las que nos hemos salvado. Los dogmas matan. Algunos *dogs* y algunas matas... Mi gemelo siempre me ha salvado en los momentos menos previstos; es él quien actúa con firmeza y decisión al ver nuestro pellejo en juego. Siempre hemos sido uno; como siameses. Hay épocas en las que no sabemos quiénes somos, pero un espejo nos lo recuerda. Los juegos de palabras los hago yo. La palabra no es juego, dice mi gemelo.

Lo trivial de mi caso es que no sé a quién me dirijo o si sé dirigirme. Muchas veces me han dicho que a nada voy a llegar, pero tienden a felicitarme. Es un trabajo en equipo. Si él la caga, yo trato de resolver el problema del modo más tranquilo posible. Cuando yo empeoro la situación, sus palabras no son suficientes; a veces ni necesarias. Solo sirven golpes. Ni entiendo a veces sus acciones ni en otras yo entiendo las mías.

Hoy vi de nuevo a mi gemelo y aunque conozco su nobleza no creería que fuera a recapacitar y sentir que él es el problema en todo. Mi gemelo es un melómano, un *hippie*, un *punk* anarquista de antaño, un seguidor fiel de Nietzsche y su filosofía, y un fascinado de la corriente estoica.

Las noches en que estoy ebrio, lo escucho; converso con él. Nos acordamos del escaparate de plástico entretejido de mi bisabuela Robertina, la madre de mi abuelo, quien nos hablaba del padre Marianito y del desastre que evitó en unos acantilados. Yo siempre imaginé esa escena como si fuera mi hermano menor deteniendo la pelea entre mi madre y mi tío.

Lo difícil de esto es buscar un remitente. No sé si mi carta sea suficiente para volver a ver a mi gemelo. No sé si de verdad quiero escribir una carta: ¿quién me leerá?, ¿quién me escuchará?, ¿quién me juzgará?

Un procedimiento matemático sólo podría tener una respuesta, aunque por diferentes razones tenga diferentes métodos. Un



procedimiento poético resulta indefinible. No se puede juzgar un poema de la época dorada del Romanticismo con la mentalidad erótica que predomina hoy en día. Tengo infinidad de temas para contar, porque de pronto los otros no se han dado cuenta por lo que hemos pasado. Te regalo mi nombre: Julián, «solo», como replican siempre que me preguntan mi nombre, y digo Julián, sí, Julián solo. No Julián Andrés. No Julián David. Pero sí Julián, Julián. Los apellidos no importan. Ojalá ese Vélez en mis firmas fuese por Álvaro o por algún tío que fuera dueño de una empresa de moda que manipula cueros de muy alta calidad.

A mí esta vida me ha mostrado que curtimbres no puede tener este cuero tan fino solo para hacer jabones. Que hiere más la existencia de algunas personas, cuyo cuero es bendito. Que hiere recordar los viajes hacia Copacabana a visitar a Daniel. En el trayecto había una finca. Algo extraño. Se notaba que mucha gente quería ingresar, pero después de estar adentro, muchas manos se estiraban entre barrotes buscando una libertad que, tal vez, para las definiciones estándares, no existe.

En Copacabana había una casa blanca con una cruz inmensa. Yo no envidiaba nunca a Washington ni a Río de Janeiro. Eran mis comparaciones y tal vez mis recompensas. Cuando eres niño, no sabes que eres pobre. Mi gemelo no lo sabe aún. Derrocha como su padre, un profesional en electricidad con un ego entre las nubes; más o menos a trece mil doscientos «voltios de altura». Ni mi gemelo ni yo tenemos espacio para el odio, el resentimiento o la venganza. De eso estoy seguro. Lo conozco tanto como si fuera quien pensara por mí cuando sé que no pienso.

La vida transcurre tranquila, entre tanto caos y turbulencias, entre historias que podrían estar en una edición del periódico *Q'hubo*, y entre otras que, quizá, fácilmente pueden ser olvidadas. Hoy vi de nuevo a mi gemelo y fue reconfortante. Por primera vez en la vida se miró al espejo y me dijo: «vos podés con todo, monito».

**Julián Vélez Mora**



# Entre dos mundos

El gran Joseph Campbell fue una inspiración para muchos, incluyéndome. Y ahí estaba yo, tratando de ser *El héroe de las mil caras*, capaz de sacrificarse y dar su vida por un propósito que lo trasciende. Quería creer que sería mi caso, pero estaba sufriendo largas noches de insomnio por la incertidumbre de lo que me depararía el futuro, pues aquellas voces en mi cabeza nunca se irían, haciéndome perder poco a poco la cordura.

¿Qué tenía de heroico escuchar los pensamientos del mundo entero sin su permiso?, ¿quién podría con tanto poder? Mirando al techo, con una leve e ingenua sonrisa y un pequeño destello de luz al final del camino, me dije que si lograba ser el héroe de la persona que más amaba, tal vez podría parecerme un poco a aquellos héroes arquetípicos que Campbell veía como el ideal a alcanzar por los simples mortales. Y, claro, yo era uno con la capacidad de escuchar sus pensamientos.

Arquetípicamente, el héroe salva a aquellos que desean ser salvados. Así que con mi telepatía comencé por realizar pequeños actos heroicos, siendo complaciente con los mortales y retratando aquello que querían escuchar para ser salvados; no de una amenaza materializada, sino de ellos mismos; de sus miedos, sus traumas, sus sueños frustrados, sus corazones rotos... almas que ya habían decidido dejar este mundo.

Al cabo de unos días, me sentía como un héroe, pero no el héroe idealizado que quería llegar a ser, pues aún me faltaba serlo de esa persona amada, como si no me bastara con haber salvado tantas vidas. ¿Egoísta?, sí, pero no me daría por vencido hasta cumplir mi propósito.



Me acerqué a ella. Siempre tenía la mirada apagada, triste, sola, herida... pero la quería tanto, que daba igual. No quería invadir sus pensamientos; lo veía profano de mi parte, casi como una violación a todo lazo sentimental y a la confianza que construí con ella durante los últimos dos años.

El solo tocarla provocaba un temblor en mis manos, junto a un miedo y una paz que nunca había experimentado; era algo que, definitivamente, estaba entre dos mundos. Su mirada proyectaba un misterio y la noche parecía anunciar un presagio.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté, titubeando.

Ella me miró con una intensidad que nunca antes había sentido.

—¿Por qué quieres ser un héroe?, ¿qué intentas demostrar? —respondió.

Atónito por su respuesta, y con la voz temblorosa, dije:

—¿Puedes escuchar mis pensamientos?

—No necesito escucharlos. Tu actitud es suficiente. No quiero que me salves, no quiero ser salvada. ¿Qué hay de ti?, ¿no te has puesto a pensar lo solos que ambos estamos?, ¿cómo podemos ser salvados, sino tenemos ni queremos la salvación? Parece que quisieras ser el héroe trágico, el mártir por el que todos sienten lástima. ¿Por qué no simplemente me sueltas y te salvas a ti mismo?

Tenía razón. Fui egoísta conmigo al pretender ser el héroe que todos querían y no aquel que necesitaba ser; uno capaz de sacrificar lo que más amaba por un bien mayor, como lo retrata Campbell.

Así que decidí soltarla. Comprendí que no necesitaba salvar a nadie, porque para ella siempre fui su héroe.

**Julián Andrey García Quintero**



# La muñeca perfecta

Son las 10:30 p.m. y como todos los días apenas voy llegando a mi casa. Este es el momento en que comienzo a pensar en los deberes, tareas y pendientes: estudiar, preparar la comida y el almuerzo del día siguiente.

Mi nombre es Leonor. Dicen que tengo nombre de reina, y tal vez mi apariencia también lo sugiera, pero, en realidad, no lo soy en absoluto. Mi esposo siempre está a la espera de encontrar la comida hecha y muchas veces no me alcanza el tiempo, razón por la que he decidido tomarme un descanso en casa.

Para lograrlo, he construido una muñeca para que realice todas las tareas del hogar. Preparar la comida, hacer el aseo, comprar el mercado, lavar, extender, recoger y doblar la ropa son algunas de ellas. Mi esposo deberá entender que tendrá una nueva compañera en casa. La muñeca tiene mi color de piel, el mismo largo de cabello, mi cuerpo, mi cara y, claro, actuará como yo. Mi compañero no notará la diferencia entre ella y yo. Ah, una breve aclaración: las actividades asignadas a la muñeca no incluirán ningún acto conyugal con él.

Ella podrá salir de fiesta los fines de semana y tener novio. Recibirá un salario quincenal y deberá cumplir con todas las normas de la casa. Algunas veces, realizará las tareas de la universidad; otras, irá a tramitar las citas médicas, retirar dinero del banco o pagar las facturas de los servicios. Tendrá vacaciones en diciembre, podrá viajar, visitar a su familia y conocer otros lugares. Después de todo, ella tomará la decisión de regresar o abandonar sus actividades.

**Leonor María Rojas Pabuena**



# Libres garabatos

Querida Manu:

Sentada en aquel parque, mientras el viento jugaba entre las ramas y hacía bailar los árboles de fondo, llegó de golpe el recuerdo de aquella libreta azul que mamá nos regaló en un cumpleaños.

Siempre fui una temerosa niña pequeña que procuraba no cruzar los límites del mundo que ya conocía. Lo cierto es que prefería estar escondida bajo la tierra, ciega ante las posibilidades infinitas y desconocidas del mundo, porque animarme a explorar era un riesgo que no estaba dispuesta a tomar.

Al principio, la libreta no pareció tener mayor significado, pero terminó convirtiéndose en la llave que nos ayudó a escapar de la cárcel en la que nosotras, querida Manu, decidimos entrar. Atrapadas entre el silencio y la oscuridad de no conocernos, nuestra única compañía era el miedo constante a romper los límites de todo aquello que los demás veían correcto. Nos aterraba la idea de permitirnos explorar nuestra intensa y arrebatada mente.

Entre rayones y rayones, descubrimos la posibilidad de ser quienes realmente éramos; logramos lo que nunca creímos posible; desafiamos aquellos rígidos pensamientos que nos enseñaron a ver la vida en blanco y negro. Fue el tiempo en que, entre rayones y rayones, empezamos a fluir con libertad, sin restricción alguna. Fuimos como un río desbordado que no podía ser detenido.

Invadida por un sentimiento de nostalgia, llegué a casa y busqué en el baúl de los recuerdos aquella libreta azul que guardó nuestra esencia como el mayor tesoro. Pasé mis ojos y mis manos por cada hoja y comprendí que el camino que nos trajo hasta aquí había sido construido con innumerables líneas inconclusas, llenas de



significado. En cada página estaba escondido un sueño, un pedacito de lo que fuimos y de lo que anhelábamos ser. Me parece irreal que aquello que en algún momento fue solo un rayón fantástico, trazado por una niña pequeña y temerosa, de enfrentarse a su otra yo que anhelaba escapar de la realidad a través de su libreta azul, hoy se haya transformado en nuestra realidad.

Querida Manu, espero sigas rayando sin miedo. Abraza la incertidumbre, permite que el color y la intensidad inunden cada idea loca que surja en tu cabecita. Mientras tanto, te juro que, aunque a veces sea difícil negarle a la duda la dicha de encerrarnos, jamás voy a permitir que volvamos a poner un pie en aquella cárcel de la que tanto nos costó escapar.

Esta carta es para la niña temerosa que algún día fui.

Con amor,

**Manuela Echeverri Echeverri**



## **II. Herencias**



# ***Mellitus***

Un día, sentado en el balcón de mi casa, escuchando mi música preferida, hice una pausa. Aunque apenas tengo diecinueve años, vinieron a mi memoria muchos y significativos recuerdos. Rememoro el último año en el colegio. Estando en la clase de educación física, me sostuve del aro de la estructura de baloncesto; cuando me di cuenta, estaba en el piso con todo y estructura. Me había caído y gran parte de la estructura me golpeó en el estómago y no me podía mover. Me desmayé.

Me transporté a un lugar muy hermoso, con flores, vegetación y muchos colores. Lo más importante fue que pude ver a mi abuela, aunque sólo un instante. Ella había fallecido el año anterior a mi accidente. Estaba tan hermosa como siempre, regalándome su sonrisa y extendiéndome las manos. Me dejé abrazar. ¡Qué experiencia tan hermosa! No quería soltarla, pero me dijo:

—Mi negro hermoso, debes continuar con tu vida. Yo seguiré cuidándote desde acá, pues tu mami te necesita.

Cuando desperté, ya estaba en el hospital rodeado de doctores y de aparatos. No pensé que lo que había ocurrido fuera tan grave. Al analizar los resultados, los médicos llegaron a la conclusión de que todo estaba normal, nada de qué preocuparse.

Siempre he tenido la gran intriga acerca de cómo y porqué llegó mi enfermedad. Padezco diabetes desde que tenía un año de edad. Supuestamente, un virus afectó mi páncreas y alteró la producción de insulina; desde entonces, soy insulino dependiente. Es complicado y aburrido. A pesar de tantos años, creo que no me acostumbro a tener que inyectarme y a seguir tratamientos, pero, puedo decir que cuando lo hago, pienso más que todo en mi mamá.



Ella es una mujer que siempre deseó tener un hijo. Y lo logró. Fui un hijo muy anhelado, no sólo por ella, sino por muchos en mi familia. Esto me hace sentir feliz, pese a que siendo muy niño asesinaron a mi padre. Según me cuenta mi madre, fue un buen papá, soñaba con verme crecer, compartir momentos juntos, ir al estadio, salir al parque y jugar fútbol; por cierto, mi deporte favorito.

Mi mamá me cuenta que la primera vez que estuve hospitalizado me dio algo llamado rotavirus. Éramos aproximadamente quince niños en un salón grande, cada uno con su respectiva enfermedad: algunos con cáncer, otros con problemas cerebrales, otros tantos con problemas de movilidad reducida. Yo brincaba de cama en cama para jugar con ellos, pero nadie jugaba conmigo, porque mi afección era contagiosa. Así que jugaba solo con mis dragones y hacía que se comiera a los niños del salón del hospital. Era mi forma de vengarme... lo hacía, creo, con esa finalidad.

Mi mamá se contagió de rotavirus y no pudo seguir cuidándome; sin embargo, ahí estaba mi tía, como siempre, apoyando a la familia. Duré quince días hospitalizado y me bañaban al día unas quince, pero me gustaba, porque aprovechaba para jugar con el agua.

También me beneficiaba de mi condición de diabético, más que todo en el colegio. Me daban permiso para salir del aula cuando lo necesitara, ya fuera para comer o ir al baño. Algunas veces lo usaba para *capar* clases de algunas asignaturas que no me gustaban; otras, para escaparme de algún examen. Bueno, pilatunas de colegio.

Desde muy niño practiqué fútbol. Siempre quería meter goles y parecerme a Messi. Imaginaba un estadio lleno, gritando mi nombre y celebrando mis goles. Pero tuve una lesión en mi rodilla y hasta ahora la EPS no me ha dado razón alguna para mejorar. Bueno, es habitual; vivo en un país donde esto es una *colombianada* más. El sistema de salud es paupérrimo...

Veía jugar a mis amigos fútbol y me daba mucha tristeza no poder hacerlo. Llegué a pensar y —todavía lo considero— que tal vez nunca volveré a jugar. Todo lo dejo en manos del Creador.



Tengo a mi lado personas muy importantes: mi madre, mi papá —así llamo a mi tío, quien se esmera bastante por ocupar ese vacío que dejó mi padre biológico—, mi tía y algunos familiares. Cómo no mencionar a los amigos que en distintos momentos he tenido; claro que la vida se ha encargado de mostrarme realmente quiénes son y quiénes no continúan conmigo.

Cuando salíamos del colegio, nos íbamos a la casa de algunos de ellos a jugar Nintendo. Mis compañeros eran chicos con mucho dinero. Pude estudiar en un colegio privado, porque un tío de mi mamá lo pagaba; no obstante, siempre me pregunté si pertenecía a ese mundo, pues no tenía los lujos que ellos tenían. Cuando salíamos a comer algo, no me alcanzaba el dinero que mi mamá me daba para comprar lo que ellos pedían. Esas situaciones me ayudaron a madurar, a entender que tengo que alcanzar mis sueños, ser visionario y luchar por las cosas que quiero.

También tuve la oportunidad de conocer niñas, y si se daba la coincidencia, las tenía como novias. Tuve experiencias muy bonitas con unas, pero también malos ratos con otras. Estas vivencias me han enseñado a ser más selectivo, no sólo con las mujeres que conozco, sino también con los que dicen ser amigos.

Mientras recopilo estos momentos, al compás de mi música favorita, llego a la conclusión de que debo trabajar en mis metas y sueños; nunca desfallecer, aunque el camino sea duro y haya piedras grandes que mover. Con esfuerzo y resiliencia lo lograré, siempre de la mano de Dios y de mi familia. Lo más importante es que lo haré por mí, para mostrar de qué estoy hecho y para ser feliz que es mi mayor deseo.

**Juan Manuel Galeano Giraldo**



# El mal autor

Alguna vez se han preguntado ¿qué es una mala persona? o ¿soy una mala persona? Últimamente, yo sí. Antes de comenzar, daré un poco de contexto sobre mi pasado.

Todo comenzó en la primaria. Vagamente, recuerdo que estaba solo o, al menos, me sentía solo. En el descanso todos salían a jugar con sus amigos; yo prefería quedarme en soledad, mientras escuchaba gritos y conversaciones. No es por hablar mal de ellos o victimizarme; simplemente así era yo.

Un grupo de chicas me decía:

—¿Por qué tan solo, chico?

No sabía qué responder. Simplemente, me había acostumbrado a estar solo. Ellas volvían una y otra vez, insistiendo en que me uniera a su grupo. Muchas personas me hicieron la misma propuesta.

Hoy, estoy en un limbo entre el arrepentimiento y el agradecimiento al yo pasado. Si hubiera aceptado esas invitaciones, ¿cómo sería el yo actual? Me imagino que, aprendiendo a socializar, a entender el valor de la amistad. Me imagino compartiendo momentos tristes y felices, hablando de exámenes perdidos o ganados, como esas amistades inquebrantables que aparecen en las películas, donde ninguno deja atrás al otro, aunque sus pasos sean distintos. Pero ahora la pregunta cambia: ¿ese yo social sería una buena persona?

Recuerdo que un día fui al edificio de una amiga de mi edad para conversar. Borrosamente, evoco que ella dijo que su primo la miraba de una manera extraña. Pasaron los años y aún no sé qué debería haber respondido. Ruego haber malinterpretado la situación. Me excuso y pienso: era un niño, ¿qué se supone que iba a opinar? Después de eso, perdimos contacto y unos años después llegó la



pandemia. Ahora me pregunto cómo habría actuado el yo social en esa situación; ¿le habría brindado apoyo?, ¿habría guardado su contacto para apoyarla?; más aún, por qué no hice nada...y ¿eso me hace mala persona?

Siempre he sido malo para motivar a la gente en momentos tristes. Nada diferente pasa conmigo; cuando estoy afligido, no me gusta que me hablen o que intenten animarme. Siento que lo único que puede devolverme a la *normalidad* es hablar solo conmigo mismo, algo que agradezco haber aprendido de la soledad. Es una actitud egoísta, porque pienso que los demás son como yo. Recuerdo una ocasión en que un conocido empezó a llorar frente a mí; lo único que hice fue quedarme a su lado, en silencio, mientras los demás lo consolaban. Suelo justificarme con la misma excusa: «alguien más lo ayudará».

En otra ocasión, vi que una señora mayor intentaba correr un carro de jugos. Yo solo me la pasé pensando que alguien más la auxiliaría. «No tengo la fuerza necesaria», pensé. Alguien pasó corriendo a ayudarla, y de seguro se preguntó: «¿por qué ese joven no la ayudó?», «¿acaso no siente empatía?». Hacer un mal acto pesa más que hacer diez actos buenos. Después, no dejé de arrepentirme. ¿Por qué no hice nada? De seguro el yo social la habría ayudado, a pesar de no ser lo suficientemente fuerte... es lo que pienso, parcialmente. ¿Cómo sé que ese otro yo no se arrepiente de acciones del pasado? O a lo mejor, el yo social no es tan diferente.

La pandemia fue una experiencia para mí; hablé con gente a kilómetros de distancia, formé comunidades y compartimos historias, reales o no. Creo que después de eso aprendí sobre la amistad; aprendí a comprender lo que mis ojos egoístas no sabían: cada persona tiene una historia que contar. Cuando la pandemia terminó, me di cuenta de que había cambiado. A veces, seguía estando solo, pero ya estaba acostumbrado. Al final, el yo social se fusionó con el yo actual.

**Josué Uribe**



# El chico que se convirtió en el Rey

Como toda buena historia comienza por lo bonito, esta no es la excepción. Todo inició aquel día en ese bello paraíso, en donde se encontraba Dios buscando la manera de divertirse un poco después de una larga jornada, y vio que la mejor manera era con una pelota de fútbol. Pero cómo se encontraba solo, se vio en la obligación de crear al mejor futbolista capaz de enfrentarlo.

Primero, debía encontrar a una persona ideal que se encargara de la formación del que más adelante se convertiría en el Rey de las maravillas del fútbol. Se identificó, entonces, con una hermosa mujer que poseía un enorme corazón, cuyo nombre era Claudia. Fue la elegida para traer a este mundo a un ostentoso hombrecito, apuesto y bastante rico en amor. Y, como si fuera poco, parecía una porcelana. Indudablemente, su nombre, digno de rey, Luis Fernando, a quien por cariño llamaban Luifer, símbolo de grandeza y mucho valor.

Aún recuerda, como si fuera ayer, el día de su nacimiento; fue como si descendiera del cielo una estrella fugaz, pero no cualquiera, sino una de esas que dejan marca para toda la vida. Mejor en su caso, porque la pelota se convirtió en su distintivo preferido. Se despertaba, soñaba, dormía e, incluso, su alimento era la pelota. A Luifer le tocó empezar desde cero, porque Dios vio que era lo mejor. Él pensó que no podía haber dos dioses, porque el mundo se dividiría en dos reinos; pero sí podía haber un rey en el fútbol.

He aquí la preparación de Luifer. Con un talento de otro mundo, una pelota desgastada, pero, con un corazón lleno de sueños, probaba suerte en el equipo de sus amores, el Atlético Nacional, y la ciudad



de Medellín fue testigo del talento y la fantasía que expresaba con sus jugadas.

Todos quedaron encantados al verlo jugar. Sólo le bastaron unos cuantos partidos para que el entrenador de la selección Colombia lo llamara para que representara a su país en los Juegos Olímpicos, en donde salió vencedor del torneo. Como si fuera poco, se convirtió en el mejor jugador de tan memorable competencia, y le sirvió para que los mejores clubes de Europa se interesaran en él. Terminó fichado por el Barcelona, equipo en el que no sólo tuvo la oportunidad de ganar muchos títulos a nivel colectivo, sino que también ganó diez Balones de Oro. El único futbolista capaz de lograr semejante reconocimiento.

Al obtener el reconocimiento internacional, Dios imaginó que era el momento. Así que fue llamado por el Todopoderoso para que se disputaran uno de los mejores premios: la coronación como Rey de las maravillas del fútbol. Fue un partido muy complejo; sin embargo, la habilidad de Luifer le permitió obtener la tan anhelada coronación. Sin duda, fue lo mejor que obtuvo. No obstante, él menciona que lo más significativo que ha logrado es poder compartir y darle lo mejor a sus padres que le entregaron todo lo que él podía recibir.

Hoy en día, Luifer vive en Barcelona junto a su padre y la bella familia que ha formado; pero no se olvida y, siempre que puede, sube al cielo a competir con Dios y termina llenándolo de goles.

**Luis Fernando López Gamarra**



# Abriendo mi futuro

Me levanto sintiendo una suave brisa en mi rostro. Al mirar a mi alrededor encuentro a mi perrita Shi Tzu de tres años, ansiosa, esperándome para desayunar. Me pongo de pie y me miro en el espejo. Analizo el rostro de una joven de diecisiete años: cabello largo, liso, de color castaño claro natural, y mis *brackets* que, definitivamente, odio y quisiera no tener.

Hasta mí llega un delicioso olor que proviene de la cocina y en lo primero que pienso es en abrazar a mi mamá y disfrutar del apetitoso desayuno que me tiene; esos huevos con arepita que tanto me encantan. Salgo de mi cuarto y, sin entender cómo pasó, entro nuevamente a mi recámara por una puerta que me lleva al mismo lugar. Comienzo a sentirme un poco desubicada y me pregunto si será que tuve un bajón de azúcar.

A mis diez años fui diagnosticada con diabetes. Los bajones de azúcar por la mañana son algo que me cuesta controlar, así que comienzo a buscar mi celular (con él me puedo medir el azúcar, gracias a un medidor de glucosa más avanzado) y no lo encuentro. Me siento en mi cama, intentando entender lo que está pasando. Al alzar mi mirada al frente, me veo en el espejo y para mi sorpresa noto que mi rostro ya no se ve como el de una joven de diecisiete años. Ahora tengo unas arrugas que antes no estaban, mi cabello es muy diferente, pues tengo un corte que me llega por los hombros. Ahora soy rubia tinturada y ya no tengo *brackets*.

En mi confusión, busco nuevamente mi celular y encuentro uno, pero no es el mío (o al menos no el que estaba buscando). Lo enciendo y noto en el fondo de pantalla una foto mía en Nueva York, donde nunca he estado. Decido acostarme nuevamente y cerrar



los ojos para ver si despierto en mi vida real. Extraño mi antiguo cabello, largo, liso y de color castaño claro; pero lo que más me hace falta es abrazar a mi mamá apenas llegue a la cocina y disfrutar su desayuno hecho con amor.

Al abrir los ojos, estoy en el mismo lugar y nada ha cambiado; mi apariencia sigue siendo la misma: arrugas en el rostro, cabello corto y rubio, y dientes perfectos, sin *brackets*. Salgo de mi cuarto por la misma puerta que me trajo a esta nueva vida y, en esta ocasión, sí me encuentro en otro lugar: una oficina dentro de un edificio muy diferente a los que estaba acostumbrada a ver. El inmueble tiene pantallas en cada espacio del techo y de las paredes, espacios de realidad virtual en cada esquina, y las oficinas, en su mayoría, son virtuales; es decir, como si viera al otro por videollamada, pero se ven en tamaño real.

Me angustio. Lágrimas caen por mi rostro, mi corazón comienza a latir más fuerte y solo quiero volver a ser esa chica universitaria que estaba estudiando diseño de modas. Pero, ¿qué me pasó?, ¿en qué momento cambié tanto?, ¿en qué momento cambió tanto el mundo?

**Michell Sofía Andrade Sánchez**



# Un arcoíris para Yaco

Un 24 de diciembre, en una casa pequeña y llena de vida, Mar, de solo diez años, recibió el regalo más inesperado. El Niño Dios llegó con una bola de pelo blanca y juguetona; un perrito al que llamó Yaco. Desde ese momento, su colita inquieta y sus ladridos se volvieron parte de su infancia. Mar no sabía, entonces, cuánto llegaría a significar ese pequeño compañero que corría por el patio de la abuela, siempre con energía desbordante.

Mar crecía rodeada de sus primas; más que amigas, eran sus hermanas. El patio de la abuela se transformaba en el escenario de mil aventuras. Las horas pasaban entre juegos interminables: cortaban revistas viejas, inventaban historias con muñecas o construían castillos con cualquier cosa que encontraban a su alrededor. Yaco siempre estaba presente. Su energía interminable se entrelazaba con las risas y las historias que creaban, como si fuera parte de cada una de ellas.

Pero la vida, con su andar impredecible, la llevó lejos. Mar dejó el patio de la abuela, sus primas y todo lo que le era familiar. Se mudó a otra ciudad, a otro ritmo, donde el tiempo parecía correr más rápido. Sin embargo, en cada regreso, Yaco la recibía con la misma felicidad de siempre. Lo sabía antes que nadie: sus ladridos la esperaban al cruzar la puerta y su cola se movía con la alegría inevitable de quien ha esperado pacientemente.

No obstante, los octubres siempre traían consigo una marea oscura para Mar, con olas de gran intensidad. Parecía que ese mes se repetía con una tristeza recurrente. Y aquel 6 de octubre no fue la excepción. Su madre llegó a casa con los ojos llenos de lágrimas; aunque no dijo nada en ese momento, Mar lo entendió



de inmediato: Yaco se había ido. Su amigo leal, su compañero incansable ya no estaba.

Un arcoíris resplandeciente apareció en el cielo, con colores tan vivos que parecían tocar el horizonte. Mar lo observó detenidamente, casi sin parpadear, como si cada franja de luz le trajera de vuelta los recuerdos de Yaco corriendo por el patio y su cola moviéndose sin parar. En ese momento, un nudo en su garganta se deshizo. El arcoíris, tan claro y cálido, parecía un puente entre su tristeza y los días felices que compartió con su amigo. Aunque el vacío persistía, una parte de ella empezó a encontrar consuelo al comprender que Yaco no sufría y se había ido en paz.

Mar había anticipado ese momento muchas veces, imaginando cómo sería cuando Yaco no estuviera. Pero no estaba preparada para las despedidas. Ese día había sido perfecto: compró el libro que tanto anhelaba, ayudó a quienes se cruzaron en su camino a casa; todo parecía en su lugar; todo, excepto ese adiós.

La vida siguió, pero el patio ya no era el mismo. Sin Yaco, algo esencial se había ido. Empero, en medio del dolor, Mar encontró consuelo en ese arcoíris. Sabía que en algún lugar Yaco seguía corriendo, con su colita moviéndose, esperándola para saludarla de nuevo.

**Mariana Argumedo Carvajal**



# III. Ausencias



# Amor en tiempos de muerte

Este no era un día cualquiera; era el día de mi cumpleaños. Al ser una mujer de ciencia, quería que esta fecha fuera especial, así que me fui a caminar a las montañas de un pueblo lejano. El aire fresco con olor a eucalipto me despejaba la mente; iba sola, buscando la tranquilidad que no podía encontrar en mi trabajo, que como científica de virus realizaba en secreto. Esta vez, la caminata en solitario y tranquila iba a ser todo menos solitaria.

Mientras caminaba, lo vi a lo lejos, inclinado, limpiando sus botas. Era un hombre enorme, y créanme cuando les digo que era enorme. Quizás por esto me llamó tanto la atención; quizás mis instintos más neandertales querían conservar mi especie y que un hombre fuerte me protegiera. Llevaba un sombrero pequeño en su cabeza, lo cual me pareció gracioso, porque no alcanzaba a proteger la parte posterior de su cuello; por eso mismo tenía esta zona muy quemada por el sol. Pasé por su lado y sentí cómo una intensa mirada seguía mi caminar. Acaso ese cosquilleo en mi estómago fue lo que me incitó a hablarle.

—¿No crees que sería bueno que si sales a caminar te cubras bien el cuello? —pregunté, queriendo iniciar una conversación.

—No sabía que fuera tan necesario —dijo, sonando tajante y despectivo.

Esto llamó más mi atención hacia él. Ese tono serio y con semblante tosco, pero sus ojos curiosos y juguetones seguían mi caminar; sin planearlo, terminamos caminando juntos.



Entre más avanzamos, intercambiamos más palabras sobre el paisaje, sobre la vida; contamos chistes un poco tontos; en general, cosas sin sentido. Venía a las montañas con el mismo propósito, digo, despejar su mente. Había algo en su voz que me hacía sentir extremadamente cómoda. Sin planearlo, lo encontré cuando más lo necesitaba, cuando más mi corazón y mi vida requerían una voz que me hiciera sentir tranquila.

—¿Qué haces cuando no estás molestando a la gente del campo?  
—preguntó en tono burlón, queriendo alargar nuestra conversación.

—Salvo al mundo —dije, usando también un tono de media burla, medio serio, ustedes saben, para darle unos toques de misterio al asunto.

Solté una risa suave; aunque no sé bien qué sentí, sé que fue lo más extraño que he percibido en toda mi vida. Seguimos caminando por la montaña, pero el aire se convirtió en algo denso, casi pegajoso; ambos sentimos lo mismo y nos detuvimos:

—¿Qué es eso? —preguntó, con un rostro confundido.

—No lo sé, pero mejor sigamos por otro lado —dije, sintiendo un escalofrío, mientras les rogaba a todos los dioses que existían que no fuera lo que me imaginaba.

Intentamos regresar, pero nos detuvo el paso una criatura enorme, con unos filamentos puntiagudos, tan filosos como para cortar fácilmente la carne, que avanzaba lentamente hacia nosotros. Una voz en mi cabeza me pedía que saliera corriendo, ruego que fue interrumpido por la acción del hombre que me jalaba del brazo en dirección hacia una cueva a unos metros de nosotros.

—Es el virus del encierro... Es más enorme que el común— susurré.

—¿Por qué sabes eso? —preguntó, con un tono curioso.

—Te lo dije. Salvo al mundo. Trabajo en una instalación secreta como científica.

El hombre, de quien no supe su nombre hasta mucho tiempo después, pero esa es otra historia que luego contaré, me tomó del brazo y me hizo sentir muy tranquila.



—¿Crees que tengamos alguna oportunidad? —preguntó, con una mirada confundida.

—No lo sé, pero no perdemos nada —respondí con entusiasmo.

**Alejandra Zapata Montoya**



# El siguiente

De niña creí que lo que veía a mi alrededor no sucedería alguna vez en mi vida. Llené mi mente de cosas que nunca iba a permitir. Ahora entiendo por qué mi madre me prohibía el contacto y confianzas con mis compañeros del colegio. Comprendo que me evitó, durante mucho tiempo, lo que no pudo impedirle a mi hermana.

Después de la separación de mis padres, comprobé que el amor era una historia momentánea y dolorosa. Aquí es donde comienza la mía.

## *Felipe, mi primer amor*

Llegaste a mi vida como una historia de cualquier película romántica, donde dos niños simplemente sienten atracción. En ese entonces, mi mamá solo quería protegerme, lo cual nos disgustaba, pues nos prohibía tantas cosas que creíamos correctas.

No pensé que un adolescente de tan solo dieciséis años tuviera su mente tan abierta y expuesta al mundo real, mientras que yo, un año menor que tú, era tan inocente y frágil, hasta el punto de ser manipulada psicológicamente por ti.

Sé que la inmadurez, la distancia y la relación temprana que creamos fue uno de los más grandes errores. A pesar de todo este tiempo tratando de sostenernos en una pandemia mundial, y de no querer terminar, me despidió. Esto no es lo que deseo para mi vida.

Febrero de 2021

## *Alexis, mi ciclo destructivo*

Después de los siete primeros meses de relación, todo empezó a tornarse complicado. Tu forma de ser, tan dura y desinteresada,



comenzó a afectarme de manera negativa. No olvido las noches en vela que pasé pensando si yo era el problema o si, quizá, debí esforzarme más por salvarte del hueco donde te encontrabas.

Muchas veces creí que era yo quien debía sanar todo lo que tú cargabas y que como fruto de ese esfuerzo seríamos de alguna manera felices. Agradezco a la bruja de tu hermana por no permitirnos seguir con la locura de vivir juntos, pues, hasta el día de hoy, nunca olvidaré lo mucho que me martiricé en esta relación.

Ayer me mudé del barrio donde pasamos la mayor parte del tiempo juntos. Después de esta carta, no sabrás nada más de mí y sé que no obtendré respuesta alguna.

Mayo de 2023

### *Juanda, la devoción dolorosa*

El momento en el que te conocí se convirtió en un arma de doble filo. Por un lado, estaba la incertidumbre de si volvería a verte en el ambiente en que te encontré; por el otro, la seguridad y tranquilidad que sentía después de una ruptura que había superado hacía unos meses.

Agradecí a la vida por haberme hecho coincidir contigo. Sentí que fuiste el amor más grande que pude haber tenido. La entrega, la lealtad y el compromiso que te brindé me nacían sin mucho esfuerzo. Todo era recíproco... hasta que empezó a dejar de serlo.

Cuando empecé a ver nuestros estilos de vida tan diferentes, supe que sería un problema. Y todos tuvieron razón. Tú, tan sociable y con una mentalidad tan desorientada; yo, tan reservada y con todo un futuro planeado. Llegué a pensar que todo se estaba dañando.

Tal vez fue culpa mía; tal vez fue responsabilidad de ambos. Yo, cargando con tantos pensamientos y problemas; tú, tan liberal y tranquilo como siempre decías. Te amé más de lo que debí. Empecé a sentir que estabas conmigo por lástima y comprendí que no habías encontrado la forma de decirme que ya no querías estar a mi lado, hasta ese día que, probablemente, te llenaste de valor o fuiste influenciado.



Hasta el momento, nunca he entendido qué te hizo tomar esa decisión. Perdí tantas veces el orgullo y con él la dignidad cuando te busqué, pero sabía que eso no iba a ser para siempre.

Hoy, te escribo esta carta tranquila y lo único que tengo para ti son los mejores deseos. Feliz vida.

Mayo de 2024

*Juan Andrés, mi buen amor*

Después de escuchar a las personas decirme, y yo misma repetirme tantas veces, que la solución a mis rupturas amorosas era quedarme sola, empecé a creerlo, hasta que llegaste tú.

Inesperadamente, en un ambiente laboral tan complejo, comencé a observarte. Quería evitar volver a caer en un círculo como el que ya conocía. Los pensamientos sobre mi pasado y mi futuro me atormentaban. Siempre me mentalicé en que no necesitaba ayuda de nadie; tu presencia me hizo tragar mis palabras.

Mis pensamientos negativos han ido desapareciendo poco a poco. Sé que cargas con todas las inseguridades que me dejaron las anteriores relaciones, pero sé también que el buen amor que me brindas podría convertirse, quizá, en solo una anécdota. Aun así, quiero compartir mi vida junto a ti; crecer contigo de todas las maneras posibles. Aunque tenía miedo de abrirme y darme la oportunidad, me siento feliz.

Sé que nada es para siempre y que después de ti, a lo mejor, vendrá el siguiente... Hoy, te amo.

Septiembre de 2024

**Juliana Cano Callejas**



# En la cima

Un atardecer en tonos morados era lo que se divisaba desde la rueda de la fortuna, en la que llevaba por lo menos diez minutos. El cielo se teñía de un violeta claro con matices naranjas. Era lo más hermoso que había visto en mis diecinueve años de vida. Y he de decir que he visto cosas hermosas a montones, pero ese atardecer me hacía sentir diversas emociones, un poco difíciles de explicar.

Cuando la rueda iba a dar otra vuelta para mostrarme de nuevo el atardecer del que estaba prendida, el señor que se encargaba de hacerla girar, la paró, se acercó y me dijo:

—Todavía no se siente preparada para bajar de la rueda, ¿cierto?

Su pregunta no me tomó por sorpresa, pues he estado dando vueltas toda una vida.

—No, señor. Quiero seguir aquí más tiempo.

El señor asintió con su cabeza y, a continuación, dijo algo que en su momento pensé que dañaría mi paz:

—La niña morenita que está allá, se sentará aquí, porque no hay silla para ella y usted lleva mucho rato acá.

Sin prestarle atención a la niña, asentí con la cabeza para que me elevara lo más rápido posible, porque desde la cima todo es perfecto.

Después de un largo rato acompañada, y sin pronunciar palabra, me decidí a mirar a la pequeña que estaba dando vueltas conmigo. Era morenita, con el cabello negro y unos ojos grandes del mismo color. Tenía un lunar cerca del ojo derecho y unos cachetes que la hacían ver tierna. Yo le pondría unos nueve años. Llevaba un vestido azul, unas chanclitas blancas y una diadema del mismo tono.

Después de estar un rato observándola, se volteó y me sonrió. Ligeramente apenada, me dijo:



—Me gusta mucho el morado, ¿a usted no?

Un tanto seca, le contesté:

—Sí, es un color muy bonito.

Se quedó observando sin pronunciar ni una palabra. Su silencio me hizo notar mi error; fui cortante con mi respuesta. Yo no quería que se sintiera mal, así que le pregunté:

—¿Cómo te llamas?

La niña dudó en responder. Al rato, en voz baja, me dijo:

—Me llamo Dayana.

Por fin la pude detallar con los ojos correctos. Ella era un pequeño abismo de tiempo, en el que yo tenía la oportunidad de contarle, brevemente, lo que era ahora. Pensando en lo que haría a continuación, decidí que me bajaría en la segunda vuelta de la rueda. No siempre iba a estar arriba, mucho menos por un largo tiempo; así que aprovecharía al máximo el rato con ella.

El tiempo era corto, pero solo necesitaba decirle una cosa que, con seguridad, sé que necesitaba saber. Así que, teniendo todo esto en mente, le dije:

—Es un placer, Dayana, hablar contigo una vez más.

—Nunca antes te había visto, —contestó confusa.

—Lo sé solo quiero contarte algo importante.

Se quedó en silencio esperando pacientemente mi respuesta.

—No somos felices. El futuro está lleno de personas de las que no podrás alejarte, porque dependes de ellas. Las inseguridades con tu cuerpo han disminuido, porque te tocó amarte a las malas, y eso que todavía te falta más amor por todo lo que soportas.

No quieres nada de lo que estudiaste, pero sigues porque te da una seguridad de la cual hoy dependes. Te da mucho miedo renunciar a eso y quedarte sin nada. Sé que son pensamientos que ya tienes, a pesar de ser tan pequeña. Temes decepcionar a tu mamá y a tu abuela; pero, déjame decirte algo: las personas cambian, te dañan, y muchas de esas lesiones son irreparables. Aun así, no hay nada que nos derrumbe, al menos hasta ahora. No lo hizo un abandono; no lo hará una decepción más.



A veces pesamos más de lo que somos. Damos más de lo podemos y recibimos tan poco por todo ese esfuerzo, que es agotador. Pero quiero decirte algo que guardes en lo más profundo de tu corazón: nunca abandones lo que sientes cuando estás sola. Ese sentimiento, esa sensación de plenitud, es lo que nos mantiene cuerdas en esos instantes.

No quiero asustarte con esto ni mucho menos. Solo quiero que lo olvides cuando bajes de la rueda. Sé que estás muy pequeña y que no puedes cambiar mucho —mejor dicho, nada—. Quiero que sientas que esto fue un sueño, para que al despertar sigas con tu vida normal, porque gracias a eso somos quien soy.

La rueda estaba finalizando su vuelta. El atardecer había desaparecido para dar paso a una noche despejada con muchas estrellas en el cielo. Mi espejismo solo me observaba, tal vez atónita por todo lo que había dicho o, tal vez, pensando que estaba loca. Pero no importaba lo que pensara de mí. Lo único relevante en ese momento era que, al menos, una de mis palabras se le quedara para toda la vida luego de bajar de la rueda.

Cuando la rueda llegó a su punto de origen, la niña se bajó entusiasmada, pues, por fin había terminado de dar vueltas con una loca —como seguramente me veía—. Yo, en cambio, no quería bajarme todavía. Entendí que no siempre tengo que estar en el mismo lugar para apreciar un atardecer como aquel; no siempre hay que estar en la cima para distinguir sus colores; y no siempre tengo que hablar con mi reflejo para expresarle que solo queda resistir un poco más, pensar un poco menos, y esperar a que todo el esfuerzo que se ha hecho desde tiempos inmemorables, nos lleve, una vez más, a la cima... donde siempre nos esperan un atardecer morado, una niña feliz y una paz que abraza nuestros corazones.

**Sara Dayana González Gómez**



# Las alas de la culpa

Allí me encontraba.

Reposando sobre el mismo árbol que me vio crecer. Aquel que me concibió. Enternecido, descansé sobre sus ramas, las mismas que parecían darme el abrazo del consuelo. Las gotas de aquella brisa invernal, atrapadas en sus hojas, caían sobre mi rostro confundándose con mis lágrimas de remordimiento. De ellas bebían aves de carroña que morían de sed. Se alimentaban de los minerales de las gotas que brotaban de mi miseria y, cuando recuperaban sus fuerzas, recitaban la misma historia que tanto detestaba escuchar. La misma por la que lloraba. Y cuando se cansaban de recitar, el ciclo se repetía, solo para volver a recuperar fuerzas en mi llanto, ese llanto del cual bebían; cada vez que lo hacían, yo olvidaba por completo la historia que acababa de contar.

Puedo oír su aleteo, su iracundo aleteo.

Sé que se acercan desde el bosque de los sagrados recuerdos; de los míseros recuerdos. En cuestión de segundos quedé rodeado por completo de las nauseabundas aves. Logró sentir cómo beben de mi clamor, refrescando sus cuerdas bucales para reiniciar el sollozo lamentable de aquella trágica historia.

Suena la primera campanada y comienza mi martirio.

Una densa oscuridad me atrapa con sus brazos que no aflojan su macabra llave. Puedo sentir cómo el aire no llega a mis pulmones, como si un filtro en la garganta no dejara pasar ni el más mínimo rastro de oxígeno.

Aquella guillotina, fruto de la terrible falta de visión, se debilita únicamente con la apertura de sus puertas, que dejan entrever una silueta casi divina capaz de encandilarme.



Antes estaba cegado por la oscuridad, ahora estoy enceguecido por la luz.

Aquel ser parecía desconocido, hasta que con dulce voz me llama, «Miguel», y todo mi entorno cobra sentido. Logró recordar dónde estoy y evocar el motivo para vivir.

Allí está. Mi hermosa flor, la que tanto amo.

Dieciséis años cuando me enamoré, diecisiete pétalos cuando la perdí. Quedé embelesado por el fuego primordial que salía de su cabellera. Corrí a abrazarla como si de un siglo sin ella se tratase. Estuvimos hablando por horas.

Y llegó el momento. El ambiente, antes dulce, se tornaba amargo. Cruzó sus piernas como aquel día. Se sentó delante de mí y el crudo sonido de la postal revivió el más profundo despecho que brotaba desde mi corazón. Tomó aquel papel desgastado por el paso de los meses e, inevitablemente, lo leyó. Mis esfuerzos fueron en vano, pues la verdad fue dicha. Mis manos se habían manchado con otra piel.

Las palabras brotaron desde lo más profundo de mis entrañas; el perdón fue pedido. Y el silencio respondió. El olor a cólera me invadía por completo. Ella era tan gentil, que su silencio me concedió el perdón.

Ese día, dormí entre sus brazos. Todo había terminado al fin.

Y la segunda campanada se escuchó.

**Miguel Ángel López Henao**



# **IV. Umbrales**



# **Caminatas nocturnas por los bosques del Arví**

—¿Por qué siempre me aferro a decisiones tan inconvenientes? —me preguntaba, mientras caminaba a lo largo de las líneas de pintura de la carretera, porque la niebla no me permitía ver a más de cuatro o cinco metros, pero sabía que ese era el camino para llegar a la carpa de Pipe.

Lo único que se veía en el cielo, además de un potencial aguacero, era una difusa estela de luz que facilitaba identificar la luna, probablemente llena, que me permitía, al menos, verme la sombra en medio de la penumbra nocturna.

Sabía que ya habían pasado más de quince minutos desde que había hablado con él, pero preferí dejar el celular en mi carpa por si alguien intentaba atracarme; entonces, iba con la esperanza de haber entendido bien dónde era el lugar específico en que el parcerito estaba acampando en Chorro Clarín. Yo tenía mi campamento montado con otros amigos en Mazo, bastante cerca del Chorro, pero seguía estando como a cuarenta minutos a pie desde mi carpa hasta la de él.

A pesar de la incertidumbre, la ambientación se me hacía bastante familiar. La bruma espesa, el viento chocando en la masa boscosa y los diferentes chillidos de las criaturas nocturnas de los bosques de Santa Elena, me aclararon con nostalgia la mayoría de recuerdos tempranos de mi infancia, las incontables horas de juego que pasé con los primos, y mi hermano mayor en los bosques de Piedras Blancas, cerca al lugar hacia el que me dirigía.



Se me vino, entonces, el vívido recuerdo de mi abuelo, que nos subía a su finquita cada fin de semana por la Medellín-Bogotá en su Toyota Corolla noventero. Aquella propiedad lindaba con la reserva de bosques del Parque Arví. Era ineludible para cualquier niño y su curiosidad explorar las enormes zonas de densos bosques, prácticamente libres de toda interacción humana. Siempre olvido muchas cosas, pero no es necesario recordar que la memoria es traicionera; es algo que se repite a menudo y, como era de esperarse, era el momento menos oportuno para recordar las espeluznantes caminatas nocturnas que hice en mi infancia por varias de estas zonas boscosas.

Tuve la imagen de un recuerdo bastante borroso; algo que quizás había confundido, incluso, con un sueño. Tenía alrededor de nueve años. Era una noche bastante clara, pocas nubes y luna llena; prácticamente ni necesitábamos usar las linternas para ver en medio del bosque. Estaba con mi hermano, mayor que yo, y varias personas adultas que, asumo, eran mi tío y sus amigos. Tuve la necesidad de orinar, expresé la novedad y apagué mi linterna. Sin embargo, las luces de las linternas continuaron alejándose, mientras yo todavía mojaba los arbustos y fue cuando escuché un notorio sonido que paralizó mi cuerpo por completo.

Se trataba de un ruidoso cascabeleo de tonalidad grave que sonó por unos tres segundos a bastantes metros de distancia. Lo terrorífico fue que se escuchaba desde la parte del camino que ya habíamos dejado atrás minutos antes y sonaba en dirección hacia donde yo me encontraba orinando. El silencio posterior fue aún más atemorizante, pero me sentía demasiado asustado para mover un solo músculo; en mi ignorancia, guardé una vaga esperanza de que mi presencia no hubiera sido notada antes, pero al cabo de varios segundos se volvería a romper el silencio con la repetición del cascabeleo, notoriamente más cerca, a lo que reaccioné dirigiendo la mirada lentamente hacia el aparente origen del sonido y visualicé lo que parecía ser una silueta antropomórfica muy extraña, a unos quince metros de distancia de mí.



Esta figura medía poco más de metro y medio de altura, con una especie de cráneo de novillo en lo que parecía ser su cabeza; su torso era muy oscuro como para apreciar detalles, y sus extremidades superiores alcanzaban a tocar el suelo, incluso estando en posición erguida, como un humano. No se le notaba piel en ninguna superficie del cuerpo y tenía una contextura similar a la de un humano delgado.

Fue en ese momento cuando dimensioné el miedo que estaba sintiendo; sin embargo, lentamente me subí la sudadera y conservando la calma giré mi cuerpo en dirección a aquella forma desdibujada entre los árboles, en el afán por intentar entender qué estaba sucediendo, a lo que la criatura reaccionó ocultándose velozmente entre un cúmulo de pinos. Mi cuerpo no se hizo esperar y corrí a toda marcha para alcanzar al grupo, pero cuando me les uní nuevamente, no hablé en absoluto sobre lo que había visto. Fue la última vez que vi algo así en mi vida, a pesar de que nunca terminaron las caminatas, cada vez menos frecuentes al hacerme mayor.

El recuerdo no fue una buena ambientación mental para el camino, pero a mis diecisiete años sabía que ni siquiera ese cascabeleo espantoso detendría mi trayectoria hacia la carpa de Pipe que ya se encontraba a pocos pasos de mí. Al menos ahí podría pasar el sinsabor de los viejos terrores nocturnos con mi amigo.

**David Castillo Cardona**



# El parque

Hoy no tenía ningún plan, pero mis amigos me invitaron a salir. ¿Cómo decir que no? Así que me arreglo para acompañarlos. Escucho ese silbido característico que me anuncia que han llegado por mí y salgo de casa. Saludo feliz a mis dos amigos, me subo a la moto con uno de ellos y comenzamos a rodar por la ciudad.

En un parque nos encontramos con varios amigos más y nos quedamos allí. Siendo las 10:30 p.m., y sin nadie más en el lugar, de entre los árboles aparece un hombre al que notamos bastante extraño, que viene caminando directamente hacia nosotros. El hombre llega hasta el lugar donde nos encontramos y empieza a maldecirnos. Nadie entiende nada. Saca un polvo y lo esparce en el aire, quitándonos visibilidad y poniendo en alerta nuestros sentidos, pero la somnolencia producida por el polvo se apodera de nosotros.

Al abrir los ojos, me encuentro en un sitio extraño y desconocido; es una especie de laberinto. Estoy sola, pero puedo escuchar a mis amigos gritar desde algún sitio, a lo lejos. Al dirigir la vista hacia arriba, veo al hombre parado en una especie de balcón elevado, desde el cual anuncia:

—Tienen veinte minutos para encontrar la salida; el que no lo logre, no regresará con vida.

La adrenalina y el miedo me recorren el cuerpo; no entiendo nada de lo que pasa. Se escucha un fuerte pitido anunciando que debo correr para encontrar una salida y, según las palabras del hombre, salvar mi vida. Comienzo a correr con histeria, atravieso pasillos, no tengo idea a dónde voy, pero no paro de moverme. Los minutos se vuelven eternos, me arden los pulmones y las piernas, pero no me detengo.

—Cinco minutos —anuncia el hombre.



Por un segundo, se me para el corazón. Queda poco tiempo y yo sigo sin ver señal alguna de una posible salida. El ardor, la presión y el latir de mi corazón aumentan.

—Un minuto.

Mis piernas y mi cuerpo piden a gritos que me detenga, pero mi mente solo dice que tengo que salir de allí. Giro en uno de los pasillos y, muy a lo lejos, diviso una puerta con una especie de luz blanca.

—Cinco...

Comienzo a correr hacia ella.

—Cuatro...

—Tres...

Corro cada vez más.

—Dos...

La tengo casi en frente.

—Uno...

Atravieso la salida y la luz blanca me consume completamente. De nuevo, me veo sumida en la oscuridad.

Abro los ojos asustada y me encuentro con la misma expresión de terror en la cara de cada uno de mis amigos. Estamos todos de nuevo en el parque. Miro la hora en mi celular, 10:30 p.m. ¿Qué carajo? Nadie dice una palabra; al parecer, todos estamos en *shock* por lo que ha pasado. ¿Fue real? Todos pasamos por ese extraño suceso. Apenas saliendo del estupor, notamos la ausencia de aquel hombre extraño. Entonces, algo hace clic en nuestra mente: debemos irnos de allí inmediatamente.

Así que nos subimos a las motos y nos vamos dejando atrás aquel parque, escenario de tan extraño y escalofriante evento, mientras me pregunto qué pasó, si fue real, quién era ese hombre, ¿se detuvo el tiempo?, ¿qué lugar era ese? Después de llegar a casa con la mente hecha un lío, entro a mi habitación y me dispongo a tratar de dormir, aunque siendo sincera, las preguntas no me permiten descansar esta noche.

**Lizeth Paola Isaza Martínez**



# El grimorio del destino

Era un día frío y lluvioso como cualquier otro últimamente. Salía del trabajo con normalidad para ir a la universidad, pero, como toda la semana, empezó una tempestad inimaginable. Las calles comenzaron a inundarse y el granizo caía con intensidad. No tuve más opción que resguardarme de la lluvia en una librería con aspecto abandonado, de la cual no me había percatado antes. Mientras esperaba que cesara la lluvia, en una esquina, un viejo grimorio me llamó la atención, me atrajo con su misteriosa cubierta de cuero desgastado. Al abrirlo, un destello de luz me cegó por completo; sentí escalofríos, mi cuerpo perdió fuerzas y caí desmayado.

Al abrir los ojos, me encontraba acostado en una pradera con vista a una aldea y un castillo de aspecto medieval. Al adentrarme, me di cuenta de que no estaba en mi época ni en mi mundo. Era algo irreal, como si estuviera en un sueño, pero, para mi sorpresa no lo era. Mi cuerpo y alma habían sido absorbidos por aquel extraño grimorio. Lleno de curiosidad, decidí investigar un poco el lugar, penetrando en aquella aldea que podía apreciar a lo lejos. Todo era muy diferente a mi mundo; hablo del ambiente, las tradiciones... hasta las personas tenían algo sobrenatural. Cada una tenía cierta magia y poder que la diferenciaba de las demás. También pude apreciar algunos seres mágicos, como hadas y duendes, cada uno cumpliendo su función en la aldea.

Todo parecía ir bien, hasta que luego de caminar un buen rato me percaté de que las personas me miraban raro y empezaban a murmurar entre sí. Una extraña incomodidad me invadió de punta a punta, así que decidí desviar mi camino hacia un lugar más solitario. Estando allí, comencé a escuchar unos breves sollozos, como si alguien estuviera llorando. Me armé de valor y seguí aquel



gimoteo. Resultó ser una pequeña hada que estaba acurrucada en un rincón, lamentándose por algo. Al principio no le di importancia; luego, la incertidumbre me hizo preguntar qué le pasaba, a lo que ella, asustada, me respondió que no tenía magia y por eso la habían obligado a abandonar la aldea.

Al escucharla, pregunté confundido porqué debía abandonar su hogar. Ella me contó todo. Resulta que quien no contaba con magia era *inservible* para el funcionamiento de la aldea, y su poder había sido robado por un hechicero malvado que llegó de tierras desconocidas y como no tenía magia le arrebató la suya. Lo cierto es que habíamos congeniado y decidí ayudarla. Partimos en busca del hechicero. Después de infiltrarnos donde se suponía que estaba, me di cuenta de que venía de mi mundo. En su guarida, tenía pergaminos y dibujos del grimorio que me absorbió. No sabía cómo asimilar esta información.

Cuando subimos a la habitación principal, nos topamos con la sorpresa de que el hechicero había sido asesinado. Ahí fue donde me di cuenta de que este mundo tenía un misterio más profundo y oscuro. Si quería regresar a mi vida cotidiana, debía encontrar respuestas.

**Juan Pablo Valdés Sánchez**



# El regalo que cobró vida

Recuerdo que no era una noche cualquiera antes de irme a dormir. Mi papá Javier había llegado a altas horas de la noche, después de un arduo día de trabajo en el centro de Medellín. Traía un regalo algo particular: un carro rojo, vivo como la sangre, pero viejo y único como el vino. Recuerdo como si fuera ayer, el momento en que me lo dio y salí a jugar con él y con mi amigo Joan, a quien consideraba mi hermano. Ese *pelao* siempre andaba conmigo para todos lados.

En realidad, no pensé que Joan fuera a sentir tanta alegría como la que yo tenía por ese regalo. Y así fue como empezaron las grandes aventuras junto a ese carro. Salíamos a las calles a jugar y a hacer de las nuestras en el nuevo juguete.

Durante varios días disfrutamos mucho del carro rojo, hasta que sucedió algo normal para mí, pero no para mi amigo. Yo estaba acostumbrado a escuchar voces en mi mente y no le prestaba mucha atención. Pero, en esta ocasión, algo fue diferente:

—¿Escuchaste eso? —dijo mi amigo. Lo primero que pensé fue que este man también estaba loco... o ya lo era, pero apenas me estaba dando cuenta de eso, así que le pregunté:

—¿De qué me hablas? Él, un poco asustado, me respondió de manera doblemente afirmativa:

—¡Sí que sí!

Comencé a mirar a mi alrededor, ya un poco más alterado, porque estábamos solos... o, bueno, eso pensaba. Decidimos llenarnos de valor y buscar, pues, por mi parte no había notado nada extraño. Sin embargo, nos encontramos con lo inesperado: el carro rojo que tantas alegrías nos había dado, de forma algo extraña nos dijo:

—Hola.



Después de haberle brindado primeros auxilios a mi amigo, que se había desmayado, recuerdo que comenzamos a hacerle muchas preguntas al carro rojo. Quisimos saber, por ejemplo, porqué se revelaba de esa manera tan anormal. Él nos respondió que era un ser astral que venía a ayudarnos en todo lo que necesitáramos. Yo quería seguir preguntando, pero todo a mi alrededor comenzó a desvanecerse. En ese momento entendí que parte de mi imaginación se estaba acabando.

**David Rivera Ruiz**



# Un viaje en el tiempo a mi mundo de fantasía

Leyendo una carta de Emma Reyes, me conmovió mucho el apartado en donde llega una niña al convento y causa sensación entre sus compañeras, porque trae un muñeco. Para ellas era algo sorprendente, algo que nunca habían visto. Les generó curiosidad y admiración. En esta epístola, me sorprendió su inocencia al darle vida al juguete e, incluso, al llevarle comida porque él se estaba muriendo de hambre.

Esta historia me trasladó a mi niñez. Desde pequeña siempre he tenido una imaginación algo loca; aun ahora, siendo adulta. Recuerdo que me gustaba ver una caricatura que se llamaba *Doctora Juguetes*; la transmitían en Disney Junior, y siento que marcó mi infancia. Cada episodio de ese programa era una nueva aventura. La protagonista, una niña que podía hablar con sus juguetes y curarlos, se convirtió en mi heroína. Me fascinaba cómo cobraban vida y compartían sus problemas con ella.

Esto no solo me entretenía, sino que me inspiró a convertirme en una pequeña doctora de juguetes. Me obsesioné tanto que le pedí a mi mamá que me comprara las herramientas médicas: estetoscopio, termómetro, jeringas y vendajes. Me paseaba por la casa con mi bata blanca, revisando cada uno de mis juguetes y trataba de curarlos. Mis tardes se llenaban de consultas imaginarias y ese momento era lo único que me hacía feliz. Mi madre se la pasaba todo el día trabajando, y no tenía el amor de mi papá. Aquello era lo que me hacía sentir viva y olvidar, aunque fuera por un instante, los problemas familiares.



Mis muñecos y peluches eran mis pacientes, y yo, su doctora de confianza. Les ponía curitas, les tomaba la temperatura y les recetaba medicinas que no eran más que caramelos. El patio de mi casa era grandísimo, lleno de muchos árboles, parecía una finca. Era mi sala de estar que se convertía en mi clínica, y cada rincón de ese patio era un posible escenario para mis historias.

Mi imaginación no tenía límites y mi obsesión tampoco. Todos los días les hablaba a mis juguetes con la esperanza de que me dijeran algo. Les decía que si lo hacían sería la niña más feliz del mundo y que jamás revelaría sus secretos. Pasaba horas susurrándoles mis deseos y secretos, esperando una señal de su parte.

Pienso que soy perseverante, que hago lo posible por hacer lo que deseo y lo que me propongo. Me di cuenta de que esa virtud la tengo desde pequeña y mi imaginación y el deseo de que los juguetes cobraran vida no se quedaron ahí. Un día, decidí buscar en YouTube cómo podría lograrlo. Lo que comenzó como una búsqueda inocente, me llevó a cosas que no entendía del todo en aquel momento: videos sobre magia negra, hechizos para dar vida a objetos inanimados. Recuerdo la sensación de curiosidad y miedo mezclados; ¿sería posible?, ¿era peligroso? Aunque nunca llegué a hacer nada, esos videos dejaron una marca en mí; le hicieron comprender, a mi niña de la infancia, que algunas cosas no eran tan simples como parecían en los dibujos animados.

Con el tiempo, fui abandonando la idea de que mis juguetes podían cobrar vida, pero nunca dejé de pensar en la inocencia de ese deseo. Pude darme cuenta de lo poderosa que puede ser la imaginación y creatividad de una niña, y lo feliz que puede ser con tan poco. Es posible crear mundos plenos y vivir aventuras increíbles con apenas un poco de inspiración.

Es algo que, lamentablemente, se va perdiendo a medida que crecemos. Sin embargo, esos recuerdos de mi infancia, jugando a ser doctora de juguetes, me han enseñado la importancia de mantener viva la creatividad y la inocencia en mi vida adulta.

**Karla Patricia de León Álvarez**



# **V. Vestigios**



# El eco del viento

Siempre pensé que Medellín (Antioquia), la ciudad a la que llegué, era más pequeña de lo que realmente era. Los mapas no me decían nada, y el sonido del viento que cruzaba las calles desiertas al anochecer me recordaba más a la brisa de mi pueblo, Montería (Córdoba), que a la gran urbe que se extendía ante mí. Lo extraño es que, aunque sabía que mis recuerdos me engañaban, me gustaba creer en esa versión alternativa.

El tren fue mi compañero desde que tengo memoria. No porque a menudo viajara en él, sino porque su silbido siempre estaba presente en las noches más silenciosas de mi infancia. Las vías pasaban cerca de la casa y, en medio del campo, su paso era como un recordatorio de que el mundo seguía en movimiento. La primera vez que escuché el tren en esta nueva ciudad, me pregunté cómo un sonido tan familiar podía sentirse tan ajeno. Cerré los ojos y por un momento estuve de vuelta en aquella casa, oyendo el mismo estruendo que hacía vibrar las ventanas; pero, al abrirlos la ciudad estaba ahí, intacta y lejana.

Una tarde, decidí seguir el rastro del sonido, como si al llegar a las vías pudiera cruzar una puerta invisible hacia el pasado. Caminar por las calles me hizo sentir extraño. Vi a las personas, pero sus rostros no fueron del todo reconocibles, como si fueran meras sombras de lo que alguna vez conocí. Me pregunté si yo también me había convertido en una sombra para alguien más. ¿En qué punto debía ser el protagonista de la propia historia para convertirse en un espectador?

Al llegar a las vías, sentí el estruendo antes de verlo. El tren apareció en el horizonte, una figura enorme que avanzaba con una fuerza ineludible. Me quedé allí, esperando que el paso de los



vagones revelara algo que había estado buscando sin saberlo. Cuando todo se volvió silencio de nuevo, me di cuenta de que lo que buscaba no estaba afuera.

El viento volvió a soplar, esta vez más suave. Y en ese instante entendí: no se trataba de volver al pasado; se trataba de aprender a escuchar mejor los ecos que el presente deja en nuestra memoria.

**Johan Sebastián Ardila Vergara**



# Entre lo soñado y lo vivido

Dormí y desperté con la suave melodía de los canarios, en mi tranquilo hogar. Pero esa mañana había algo diferente. Confundido, abrí la ventana y observé que los árboles de mi jardín no solo susurraban con el viento, sino que también pronunciaban mi nombre, algo que iba más allá de mi rutina desesperada de cada mañana.

Vivía en las afueras de Medellín; cada espacio estaba minuciosamente diseñado para ser una vertiente de mi creatividad. Mi hogar era más que un refugio; era un taller donde surgían las más maravillosas ideas. Para mí, ese día no podía ser más perfecto, aunque aún no sabía lo que estaba por venir.

Encendí mi celular y lo primero que observé fue un recordatorio en la pantalla principal: una entrevista en un set internacional. Me pareció muy extraño, pero me dio curiosidad; parecía algo particular.

Al llegar al set, sentí las paredes respirar; no solo eso: cambiaban de color, según el ambiente. Comprendí que no eran simples decoraciones, sino entes vivos que respondían al ambiente que allí se generaba. No lo podía creer ni explicar. Solo una idea me venía a la mente sin vacilar: estaba en un mundo donde el arte existía por su propia voluntad.

Luego de terminar la entrevista, me entregaron un sobre inesperado. ¡Vaya sorpresa! Sin sello y sin nombre, contenía una nota muy peculiar: «El jardín escondido te espera esta noche». Atónito y con miedo, decidí explorar. Seguí cada una de las instrucciones, y al caer la noche me adentré en ese jardín. Al estar allí, comprendí que no solo era un jardín; era un universo en sí mismo, uno que parecía tener vida propia. Caminé por los jardines donde las flores más hermosas cambiaban de color con cada paso o salto que daba.



El aire tenía un aroma extraño, pero era excitante y fascinante; me dejaba extasiado.

Mientras caminaba, más singular se volvía todo: esculturas que cobraban vida, cuadros flotando sin ningún soporte. A lo lejos, un grupo de personas me observaba fijamente. Entre ellas, reconocí figuras icónicas que dejaron huella: Coco Chanel y Salvador Dalí. Al llegar donde estaban, me dijeron:

—Hace mucho tiempo queríamos conocerte.

Yo, encantado y entusiasmado, me quedé a hablar con ellos. Sus historias parecían irreales, eran fantásticas.

Al final de la noche, un hombre encapuchado se me acercó.

—Toma esto —dijo, entregándome una bolsa.

Al abrirla, encontré pinturas y telas muy coloridas y brillantes que cambiaban de textura y color con solo mirarlas.

—Esto tiene el poder de dar vida a tus creaciones —continuó, pero, debes estar preparado para lo que implican. No son solo objetos; son puertas a otros mundos.

Esa noche, al regresar a mi estudio, comencé a trabajar con lo que me habían obsequiado. Cada pincelada, cada puntada que daba, transformaba el ambiente a mi alrededor. Las luces parpadeaban, las sombras en las paredes se movían por sí mismas. Al terminar, la primera pieza cobró vida propia y toda la habitación se iluminó con un resplandor que me cegaba

Cuando la luz se atenuó, desperté de nuevo en mi habitación, en mi verdadera realidad. Había sido un sueño o una visión. Nadie lo sabrá.

**Joseph David Zapata Osorio**



# Navegante del tiempo

Juraría que se cuenta en horas el tiempo que estuve absorta en aquella pintura. Éramos ella y yo, en un silencio ensordecedor. Mi corazón latía con fuerza y mi cuerpo estaba frío. ¿Por qué una escena, al parecer tan bella y tranquila, me desgarraba el alma?

Nunca vi un cielo tan hermoso; el ocaso acariciaba dulcemente, con reflejos de luz dorada, aquel barco de madera que se balanceaba solitario en el océano, mientras me contaba una historia gloriosa. Alguna vez, con la suave brisa, pero también con tempestades, se deslizó vivo por el vasto mundo. Marineros entusiastas se alojaron en él, afrontaron adversidades con valentía y celebraron con fiesta sus victorias; entonaron cantos al ritmo de las olas y bailotearon bajo el resplandor de las estrellas; disfrutaron de juegos de azar y relataron, a los más jóvenes, emocionantes leyendas marítimas hasta el despunte del sol. Rieron mucho, pero también lloraron al compartir sus recuerdos y sueños.

Junto a aquella ilusión de madera, que ahora flotaba vacía, había un gran chapoteo: era el adiós del último navegante; la última onda del eco de aquella gloria que emprendía un viaje sin regreso hacia el fondo del mar. Era una decisión tan definitiva que aturdía mi cabeza con preguntas y desbordaba mi corazón de emociones.

¿Quién era esa persona?, ¿por qué lo hizo?, ¿por qué estaba allí sola?; ¿qué sentía?: ¿nostalgia?, ¿miedo?, ¿desespero?; ¿en qué pensaba mientras caía? ¡Por el amor de Dios! Sentía tanta impotencia... Si tan solo conociera las respuestas, podría persuadirla con un cálido abrazo de esperanza y evitar tal desgracia.

Entonces, mis lágrimas rompieron la realidad al fijar la mirada en la ficha informativa junto a la obra. Yo era el artista y mi



nombre era parte del título, acompañado de «...vence la tormenta del silencio». Era yo. Conocía mejor que nadie las respuestas a esas preguntas que me abrumaban hace solo un instante.

De repente, en mi mente se avivaron cada uno de los recuerdos que construí en aquel barco; buenos y malos, eran parte de mí. Encontraba de nuevo encanto en la vida, en lo que fue y en lo que podría ser. Pero, ¿por qué no lo recordaba?, ¿era tan fuerte la aflicción que me olvidé de los momentos felices?, ¿así que esto es en lo que piensas cuando estás a punto de morir? ¡Ah!, era tarde. Me estaba ahogando en lo que antes era mi vida, y mientras más cerca estaba de morir, más anhelaba ese divino regalo. Ahora, atrapada en un marco que colgaba de un par de lisas paredes blancas, era condenada a ser únicamente observada.

¡Quería vivir! Quería estar tan viva y ser tan real como las personas que circulaban por allí; quería que después de dar un vistazo a mi historia, pudieran marcharse de aquel museo con la convicción de que allí afuera aún los esperaba una vida, y tendrían la oportunidad de experimentarla en toda su extensión.

Quiero mi vida de vuelta; quiero que arda de nuevo el sol y la sal en mi piel; quiero leer con gracia los rostros de mis tripulantes y alegrarles el alma con una sonrisa; quiero abordar travesías y arribar a nuevos puertos; quiero vibrar y sentir la calidez de la vida.

Es tarde para mí. Finalmente me sumergí en el azul que invade mi cuerpo y ahora soy una con él.

**Isabel Sofía Martínez Martínez**



# El dilema del destino

La existencia es una constante búsqueda de significado en lo cotidiano, donde encontrar propósito en nuestras acciones brinda esperanza. Sin embargo, la brevedad de la vida, a menudo limita nuestras acciones a resultados inesperados. La eterna pregunta es: ¿acaso nuestra vida está predestinada o somos autores de nuestro propio destino? La existencia, con su crueldad selectiva, es difícil de definir.

Nací con una peculiaridad. Que sea una bendición o una maldición, es cuestión de perspectiva. Al alcanzar la adultez, adquirí la capacidad de alterar un evento diario en mis días. Si elegía modificarlo, el día se reiniciaba. Siempre escogía el que se me hacía doloroso. ¿Era esto cobardía?, ¿era acaso una forma de huir del sufrimiento? Esta habilidad debía ejercerse antes de finalizar el día o perdía mi oportunidad de hacerlo.

Allí estaba, con el viento que azotaba mi cabello y dispersaba las lágrimas que corrían sin cesar por mis mejillas. Las sirenas resonaron a lo lejos, mientras mi celular pendía al borde de la caída, con una llamada en espera y otra activa. Paralizada, incapaz de asimilar lo ocurrido, me vi forzada a decidir. Una elección complicada.

Ella y él, ambos muertos. ¿Por qué recaía en mí la elección? La vida, en su injusticia, me había despojado de mi felicidad, condenándome a revivir aquel día, a experimentar el dolor. Me encontraba ante una encrucijada: cambiar el evento que salvaría al amor de mi vida o preservar a aquel ser que me había amado incondicionalmente durante toda su vida: mi madre. ¿Por qué ambos el mismo día?, ¿por qué solo un hecho podía ser alterado?, ¿por qué los sucesos tan separados estaban unidos por una sola decisión? ¡Qué cruel destino!

**Yuliana Ortega Sehuanes**

**Juegos de espejos: escrituras autoficcionales**

Se acabó de editar el 5 de diciembre de 2025 por el  
Fondo Editorial Pascual Bravo  
En su composición se utilizó la tipografía Bell MT.

Cuidaron la edición  
Carolina Moreno Echeverry, Vanessa Monsalve Muñoz  
y Johana Martínez Ramírez.



**Reseña.** *Juegos de espejos: escrituras autoficcionales* es el resultado del Concurso literario organizado por el Centro de Lectoescritura Pascualino (Celep), adscrito al Departamento de Fundamentación Básica de la Institución Universitaria Pascual Bravo, realizado entre septiembre y octubre de 2024.

Esta obra reúne veintitrés textos seleccionados entre cincuenta y una postulaciones, escritos por estudiantes universitarios que abordan la autoficción como una forma de representación del yo. La antología se estructura a partir de cinco tópicos literarios —Espejos, Herencias, Ausencias, Umbrales y Vestigios— que orientan la lectura hacia distintas manifestaciones de la identidad, la memoria, el cuerpo y la subjetividad.

[www.pascualbravo.edu.co](http://www.pascualbravo.edu.co)

 **IUPascualBravo**

VIGILADA Mineducación

Acreditados en Alta Calidad.  
Resolución 012512 del MEN.  
29 de junio de 2022 - 6 años.

**Teléfono:** (+57) 604 448 05 20  
Calle 73 # 73a - 226 Robledo,  
Vía El Volador



**Alcaldía de Medellín**  
Distrito de  
Ciencia, Tecnología e Innovación